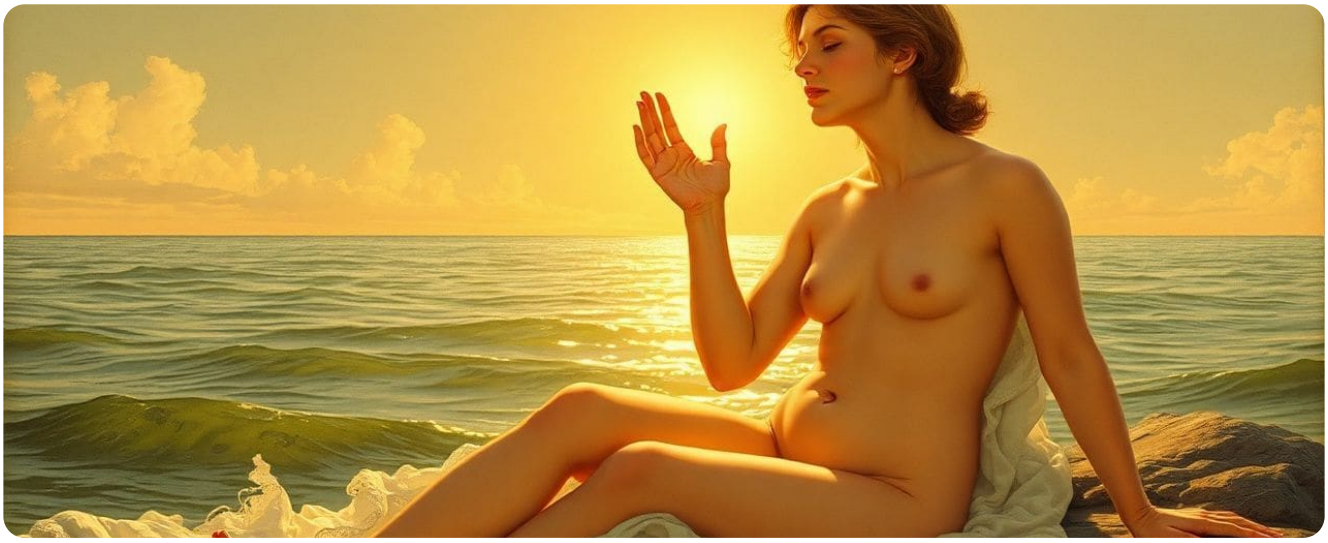
Niels Ryberg Finsen: Curar con la luz del sol (1903)

4 de marzo de 2026



En un pequeño pueblo de las islas Feroe, un niño de siete años miraba por la ventana cómo la luz del sol atravesaba las nubes grises del norte. Décadas después, ese mismo hombre ganaría el Premio Nobel pero nunca vería el sol directamente. Niels Ryberg Finsen, el primer escándalo de la medicina nórdica, cambió para siempre cómo entendíamos la luz, la enfermedad y el cuerpo humano.

Era 1893 en Copenhagen. Un médico joven de 33 años, hijo de un comerciante de ballenas, observaba algo que nadie había tomado en serio: los pacientes con tuberculosis cutánea —heridas horribles que devoraban rostros y cuerpos— mejoraban cuando se exponían al sol. No era magia. Era luz. Pero ¿qué tipo de luz? Y más importante: ¿por qué?

- Había estudiado medicina en la Universidad de Copenhagen y trabajaba en el Hospital de la ciudad.
- Comenzó sus experimentos en 1893, obsesionado con la idea de que la luz solar tenía poderes curativos.
- Diseñó un dispositivo que concentraba la luz y la dirigía específicamente hacia las lesiones de la piel.

Los pacientes llegaban con rostros desfigurados por úlceras que ningún tratamiento podía curar. En semanas, bajo su luz concentrada, las heridas comenzaban a cerrar. Los doctores incrédulos miraban

sus propias manos. ¿Cómo era posible que algo tan simple como la luz pudiera hacer lo que ningún medicamento lograba?

¿Qué tenía la luz del sol que los doctores habían ignorado durante siglos?

El niño que creció en la oscuridad

Niels Ryberg Finsen nació el 29 de diciembre de 1860 en Thorshavn, la capital de las islas Feroe, un archipiélago entre Noruega e Islandia donde el sol del invierno apenas asoma durante unas pocas horas. Ese aislamiento lumínico sería una-ironía del destino: el hombre que revolucionaría la medicina con la luz creció en un lugar donde la luz escaseaba.

Pero la vida de Finsen no fue fácil. Desde joven sufrió una enfermedad crónica —los historiadores debaten si era una afección hepática o cardíaca— que lo acompañarìa toda su vida. A los 24 años, ya estudiante de medicina en Copenhagen, su salud se deterioró gravemente. Los médicos le recomendaron descansar, alejarse del estrés. Finsen, terco como todos los obsesionados con un descubrimiento, ignoró los consejos y siguió investigando.

El descubrimiento que nadie wanted creer

Todo comenzó con una observación casual. Finsen notó que los pacientes con tuberculosis cutánea —una enfermedad horrible conocida como lupus vulgaris— que se exponían a la luz solar mejoraban visiblemente. Las lesiones en su piel, que normalmente avanzaban destruyendo tejido, se estabilizaban y eventualmente sanaban.

La comunidad médica de la época se rio de él. «¿Luz solar curando enfermedades? Esto es brujería medieval», decía un artículo publicado en 1895 en una revista médica alemana. Finsen no se rindió. En 1896 publicó sus primeros resultados: de 27 pacientes tratados, 14 se habían curado completamente y otros 6 habían mejorado significativamente.

¿Pero cómo funcionaba? Finsen no lo sabía con certeza, pero tenía una corazonada: no era toda la luz, sino ciertos tipos de rayos los que tenían el poder de sanar. Para demostrarlo, desarrolló un aparato que filtraba la luz y la concentraba en un solo punto. Era como crear un haz de luz que podía apuntar directamente a las lesiones.

La luz violeta que cambiaba todo

Los experimentos de Finsen demostraron algo extraordinario: los rayos violeta y azul del espectro solar eran los que tenían propiedades curativas. Los rayos infrarrojos —los que calientan— no servían. Los rayos ultravioleta —los que queman— eran dañinos. Solo una banda específica del espectro visible funcionaba.

Esto era revolucionario porque contradecía todo lo que los médicos creían saber. Hasta entonces, se pensaba que el calor era el factor terapéutico de cualquier tratamiento. Finsen demostró que no: la luz, sin calor, podía sanar.

Para 1901, su tratamiento se había extendido por toda Europa. Los hospitales instalaban sus equipos. Los pacientes recorrían kilómetros para recibir sus sesiones de «fototerapia», como él la llamó. En Francia, Alemania, Inglaterra, médicos que antes se burlaban ahora aplicaban el tratamiento de Finsen a miles de pacientes.

El Nobel que llegó demasiado tarde

En 1903, la Academia Sueca del Karolinska Institutet le entregó el Premio Nobel de Fisiología o Medicina. Finsen fue el primer ciudadano nórdico en recibirlo. El honor era absoluto. Pero la tragedia acechaba: Finsen estaba demasiado enfermo para recibir el premio en persona. Su enfermedad crónica había avanzado. Murió el 24 de septiembre de 1904, apenas un año después de recibir el Nobel, tenía solo 43 años.

Lo que había comenzado como una observación casi casual —pacientes que mejoraban tomando sol— se había convertido en la primera terapia basada en la física de la luz. Hoy, más de un siglo después, la fototerapia sigue usándose: para tratar la psoriasis, la ictericia en recién nacidos, ciertas depresiónes, y incluso algunas formas de cáncer.

El legado de la luz

Finsen demostró algo que va más allá de la medicina: que a veces las respuestas más profundas están frente a nosotros, esperando que las veamos. El sol que iluminaba las islas Feroe donde nació contenía, sin que nadie lo supiera, el poder de sanar.

Su historia también nos recuerda que la ciencia no es un sprint, sino un maratón de paciencia. Finsen tardó más de diez años en convencer al mundo. Murió joven, pero su luz —esa luz violeta que tanto buscó— sigue brillando en los hospitales de hoy.